

El viejo debate de la CONQUISTA

Por
Mariano Picón-Salas

Casi parece ya ocioso, desde el punto de vista histórico (aunque muy fecundo desde el punto de vista ético) renovar aquella polémica que comenzó veinte años después de que Colón hubiese puesto su planta en las Antillas, o bien, como la conquistadora cristiana, o bien, como la predicó Bartolomé de las Casas, una empresa de robo y de violencia. Honra al pensamiento hispano del siglo XVI que hasta contra la "razón de Estado" haya podido plantearse ese debate y resulta interesante comparar la actitud mental de un Bartolomé de las Casas, espíritu que todavía vive en las fronteras entre la Edad Media y el Renacimiento, con la de un poeta moderno como Kipling, cantor del imperialismo inglés en la India. España ofrecerá, así, los propios argumentos que habrán de esgrimir contra ella por un motivo ya más político que religioso, los enemigos de su imperio colonial, quienes como los británicos en el siglo XVIII anhelaban llevar su comercio y navegación por las últimas rutas ultramarinas sometidas al régimen monopolista de la corona de Castilla. En la prosa ruda, pero llena de calor patético de Bartolomé de las Casas, aparece por primera vez la visión idílica de lo indígena, la pintura de un mundo de inocencia que fué sustituido por un mundo de crueldad, y la requisitoria contra la conquista que desarrollarán en el pensamiento pre-romántico del 1700 un Marмонтel o un Abate Raynal. La disputa (verdadera disputa sin solución porque para sostener una u otra tesis puede ofrecerse una masa impresionante de datos) ha dividido, preferentemente, desde el siglo XIX las dos corrientes políticas del pensamiento histórico hispano-americano: una corriente colonialista y tradicionalista que ponía toda su énfasis en el predominio de las formas españolas de nuestra cultura, y otra liberal y revolucionaria que proclamaba en forma agresiva su ruptura con España. Ya en el siglo XVI el historiador Gómara, defendiendo la causa de los conquistadores contra la inflamada homilía de las Casas, buscaba en la conquista algunos valores afirmativos de creación y civilización con que templar el pesimismo del "Apóstol de los indios": "Díronles [los españoles a los indios], decía Gómara, bestias de carga para que no se carguen; y de lana para que se vistan, no por necesidad sino por honestidad, si quisieren; y de carne para que coman, ca les faltaba. Mostráronles el uso del hierro y del candil con que mejoran la vida. Híales dado moneda para que sepan lo que compran y venden, lo que deben y tienen. Híales enseñado Latín y Ciencias, que vale mas que cuanto plata y oro les toma-

ron; porque con letras son verdaderamente hombres, y de la plata no se aprovechaban mucho ni todos. Así que libraron bien en ser conquistados, y mejor en ser cristianos." La misma tesis de Gómara es resucitada en el siglo pasado por el famoso historiador mexicano don Lucas Alamán, al enumerar con extraordinaria minuciosidad el aporte de España a la vida de América, y al ofrecer contra el paralelo, entonces tan socorrido, entre la colonización inglesa en el norte del Continente y la española en el sur, el ejemplo del mestizaje y la originalidad de cultura en el experimento hispánico que a diferencia del inglés quiso incorporarse las formas indígenas. Como el tema del nacionalismo cultural había sido planteado por la época romántica, escribía con cierto candor Alamán: "Los literatos de Estados Unidos tienen que buscar las materias que ocupan sus plumas en los países extranjeros; nosotros tenemos en nuestros acontecimientos domésticos ancho campo para la poesía, la historia y para el estudio de las antiguas, llevando a ellas la luz de la filosofía y la crítica." Es decir, mientras que el entiende la colonización norteamericana como un mero desplazamiento europeo

hacia nuevas tierras, la cultura hispano-americana injerta lo español sobre un sub-suelo autóctono primario. Que ello sea de este modo, significa para Alamán que las fuerzas de destrucción de la conquista no fueron tan crueles que agotaran toda expresión original; y que lo que se destruyó encontró su equilibrio en las adquisiciones nuevas.

También pudiera haber insistido Alamán, cuando así rectifica a la propaganda y la historiografía inglesa del siglo XVIII, en otro mérito de España que resulta, precisamente, cuando se le compara con la acción colonizadora inglesa en las zonas del trópico americano. Si los británicos fueron buenos colonizadores cuando como en la América del Norte, en el sur de Australia o en Nueva Zelanda encontraron tierras de clima templado donde parecía fácil trasladar las costumbres y el estilo de vida de la metrópoli, no desplegaron igual esfuerzo cultural en sus colonias del trópico. Nunca fueron equiparables las tradiciones de vida europea, de cultura y refinamiento intelectual con que España marcó su huella en Cuba y Puerto Rico, con el inferior estilo de factotaría en que en las mismas aguas del Caribe permaneció la británica Jamaica. Documentadamente ha estudiado este problema el escritor cubano Ramiro Guerra en su valioso libro *Azúcar y población en las Antillas*. Si el español arraigaba en nuestras zonas cálidas y el mestizaje produjo una aproximación de los núcleos pobladores entre los que desputaría, a la larga, el espíritu nacional, el inglés prefirió mantenerse al margen de los grupos alogenos, sin otra relación casi con ellos que la de patrón a siervo. Aun-

que haya pasado de la ocupación española a la ocupación norteamericana, el viajero más desprevenido encuentra en Puerto Rico, por ejemplo, un vigoroso espíritu nacional que no es de ningún modo perceptible en Jamaica. Lo críollo fundamentado en una tradición, una fuerte vida de familia, una Historia y una Literatura que tiene sus figuras dadoras, sus nombres que identifican el sentimiento y el ideal colectivo, mantiene despierta la conciencia regional. De la Jamaica tórrida, buena productora de ron y de café de azúcar, no han salido un Hostos o un Ríval que como en el Puerto Rico o las Filipinas hispanas sean los intérpretes de la nacionalidad naciente. Y aun así resulta imposible que en esas posesiones tropicales británicas, como Jamaica o Trinidad, se haga presente una conciencia histórica diferenciada entre grupos tan extranjeros entre sí como la masa de africanos, hindúes o *coolies* asiáticos que trabajan para el capataz blanco. Las colonias españolas —futuros núcleos de Repúblicas— fueron verdaderas provincias ultramarinas. Domesticar la tierra caliente, llevar una cultura urbana hasta los climas más desparejables y duros de la América tropical —Cartagena de Indias, Panamá, Guayaquil, etcétera— fué una hazaña española, lograda con la pobreza de medios técnicos que existieron entre los siglos XVI a XVIII. Todavía el viajero que recorre los Llanos de Venezuela, región de temperatura áspera y de naturaleza peligrosa que contrasta con la suavidad del clima en la zona andina y en las sierras y valles litorales, no puede sino admirar en poblaciones ahora decadidas como Barinas, San Carlos, Ospino, Guanare, la marca de esa empresa urbanizadora. Templos de excelente estilo barroco o neoclásico del siglo XVIII, obras de limpia cantería, casas privadas de pintoresco estilo andaluz revelan en esos sitios, cuyos moradores prefirieron buscar después el abrigo de climas más plácidos, el signo de la fuerte tradición hispánica. Hasta lo más internado y difícil del Continente, como el alto Orinoco y los bosques del norte paraguayo, había penetrado a fines de la Colonia el impulso cultural. Es necesario aclarar este tema, no por ese hispanismo académico que han exaltado las clases conservadoras en Sur América, ni por espíritu colonialista, sino porque es a través de formas españolas como nosotros hemos penetrado en la civilización occidental y aun el justo reclamo de reformas sociales, de un mejor nivel de vida que surge de las masas mestizas de Hispano-América, tiene que formularse en español para que alcance toda su validez y eficacia. Por la ruptura de los imperios indígenas y la adquisición de una nueva lengua común, la América Hispánica existe como unidad histórica y no se fragmentó en porciones recelosas y ferozmente cerradas entre sí. En nuestro proceso histórico la lengua española es un admirable símbolo de independencia política; lo que impidió por la acción de Bolívar y San Martín, por el fondo de historia común que se movilizaba en las guerras contra Fernando VII, que fuéramos para los imperialismos del siglo XIX una nueva

Noches de encanto en su hogar



con un
VICTOR ANIMATOGRAPH
DE 16 mm.

EL ÚNICO PROYECTOR QUE PROTEGE LA PELÍCULA

Por las noches, bajo el agradable ambiente de su hogar, reúnanse con sus amigos y familiares a gozar de un programa cinematográfico escogido y formado por U. d. con películas sonoras sobre viajes, música, deportes, educativas o de actualidad. Este placer se lo proporcionan a Ud. los maravillosos proyectores sonoros Victor Animatograph de 16 mm., de elegante y sólida construcción y facilidades de operar.

Pidan informes, con gusto le haremos una demostración en su hogar.

DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS
H. STEELE Y CIA., S. A.
DEPTO. CINEMATOGRAFICO DE 16 mm.
BALDERAS 27 MEXICO, D. F.

Africa por repartirse. Dentro de la Geografía actual del mundo ningún grupo de pueblos (ni el balcánico de Europa, ni el *commonwealth* británico, tan esparcido en diversos continentes) tiene, entre sí, esa poderosa afinidad familiar. Aunque empleen pabellones distintos un chileno está emocionalmente más cerca de un mexicano, que un habitante de Australia de otro del Canadá. Este hondo parentesco es lo que permite la mutua historia cultural, aunque desde el siglo XIX se haya roto la anterior cohesión política.

Pero no es ocasión de volver sobre ese viejo debate jurídico moral de la validez o invalidez de la conquista. Ni los conquistadores españoles fueron siempre esos poseedores de la destrucción que pinta la leyenda negra, ni tampoco los santos o caballeros de una cruzada espiritual que describe la no menos ingenua leyenda blanca. En la empresa conquistadora no es equiparable la crueldad de un Lope de Aguirre o un Carvajal, "demonios de los Andes", personajes psiquiátricos en quienes la dura naturaleza del trópico americano y la ferroz soledad de su errancia actuó como una inflamación y llegaron hasta a perder el control de su conciencia, contra el terror político que contra su temperamento más bien diplomático y conciliador, temperamento de gran general doblado de estadista, tiene que imponer a veces un Hernán Cortés.

Una magnífica virtud española es la franqueza y no sus propios conquistadores los que han contado con cierto desplante militar lo "demasiado humano" que había en la Conquista. En una de sus cartas de relación dice Cortés que los españoles "somos algo incompotables e importunos" y en otro de sus escritos nos explica su difícil papel de hombre de Estado que debe calmar la impaciencia y voracidad de su tropa y al mismo tiempo, no pecando de débil, mantener la autoridad ante los indios. Dice admirablemente

Cortés, dando el cuadro exacto de la composición social de la conquista: "Y si todos los españoles que en estas partes están y a ellas vienen fuesen frailes, o su principal intención fuese la conversión de estas gentes, bien creo yo que su conversación con ellas sería muy provechosa; mas como esto sea al revés, al revés ha de ser el efecto que obrare; porque es notorio que la más de la gente española que acá pasa son de baja manera, fuertes y viciosos de diversos vicios y pecados. Y si a estos tales se les diese libre licencia de se andar por los pueblos de indios, antes por nuestros pecados se convertirían ellos a sus vicios que los atraerán a virtud." Esa violencia de la conquista tiene su otra cara favorable, su significación de historia positiva, en la recia y estoica varonía con que muchos de esos hombres salidos de la más ignota gleba, cumplen su duro oficio. Tiene la belleza del mejor cuadro épico aquella página de Gómara en que éste describe cómo los conquistadores de Trujillo, en el Perú, reciben al Virrey Blasco Núñez Vela, encargado de imponer nuevas leyes con las que habría de limitarse el poder y primacía que ellos alcanzaron con su espada aventurera. Frente a la fría impersonalidad de la ley que no distingue entre el héroe y el holgazán, que los somete al mismo rastro, aquel grupo de veteranos cursados en la empresa heroica mostraban —dice Gómara— "los dientes caídos de comer maíz tostado en la conquista del Perú; aquellos muchas heridas y pedradas; aquellos otros, grandes bocados de lagartos".

Se ha dicho hasta la saciedad que es la busca del oro el móvil principal de la conquista española, en lo que no difiere, tampoco, de cualquiera otra conquista hecha por los demás países europeos. Muchos siglos antes que Marx, en su jocunda lengua plebeyota y españolista había dicho el Arcipreste de Hita que la primera preocupación del hombre "es

aver mantención"; y ¿si luchaban por el oro de las conquistas exóticas hasta los aterciopelados gentilhombres de la corte de Isabel de Inglaterra como Sir Walter Raleigh, que quiso crearse en Guayana una especie de Perú personal, a qué asombrarnos que esa masa de pecheros, de pequeños hidalgos empobrecidos, de bastardos sin herencia que forman el aluvión conquistador, anhelan forjarse sus Insulas de metales preciosos? El sueño de Sancho Panza que Cervantes incorporó en el más representativo libro español; sueño de buena comida, de eterna boda de Camacho en que se voltea sin cesar el asador y se derraman las botas de vino, representa uno de los temas y los sueños del pueblo español, sobre todo cuando desde Carlos V sobre la tierra y pequeña economía agrícola prevalece en Castilla el latifundio ganadero de la "mesta" y el país hispano se vierte en empresas exteriores que arruinan su economía interna. Una de las formas de la "picardía", del desamparo popular, será venir a América. Hasta Cervantes, el gran intérprete de los símbolos de España, querrá terminar sus días en Soconusco, en La Paz del Alto Perú o en Cartagena de Indias como corregidor de indios o como empleado de la hacienda real. Paradójicamente (y a pesar de los peligros de una naturaleza tan desconocida e indomita) las fuertes personalidades de la gleba hispana quieren ver en ese "Nuevo Mundo" una seguridad que no encuentran en el viejo. Aun es una manera de ganar linaje como lo dijo alguna vez Francisco Pizarro, según cita de Gómara, advirtiéndole que los que van a Indias merecen por su esfuerzo "tantas franquezas y preeminencias como los que ayudaron al rey don Pelayo a ganar a España de los moros". Por aun dentro de ese ideal del oro, más que la empresa comercial —al estilo de las colonias portuguesas en Asia y después de los ingleses— que son ante todo factorías costeras donde se pesase, se miden y se negocian los productos ricos que los nativos traen del interior, el español casi más ama la aventura de buscar la riqueza que la especulación económica. Para tener preeminencia, para ser "rico hombre", influyente en el Estado, es que más se anhela el oro. "Díneros son calidad", dirá Quevedo. Contra la conciencia capitalista que ya comenzaba a formarse en el norte de Europa, actúan en el alma española una serie de restricciones medievales: la prédica contra el dinero y el préstamo a interés de la teología escolástica, el desdén por el comercio que en la vieja España había sido ocupación de los humillados judíos. Toda la Literatura hispánica de la Edad clásica respira el más orgulloso desdén contra las empresas capitalistas. Las injurias al "gínovés", al "ligur", al "lombardo", al "flamenco", a todos los pueblos europeos donde habían alcanzado mayor desarrollo las operaciones de crédito, pueblan los discurs-

os morales de la época. El "pícaro" llegará a ser en el siglo XVII un pseudo-héroe popular precisamente por esa actitud de desafío a lo que hoy denominamos el "orden burgués", la organización capitalista. La economía del pícaro es fundamentalmente una economía de aventura que no difiere, en sustancia, por los elementos de magia y sorpresa que la alimentan, de la economía del conquistador. Y en ninguna página literaria se vierte esta actitud tan antimoderna del alma española: enemiga de la riqueza corruptora y diabólica y enemiga del confort que le quita virilidad a los hombres, que en la famosa "Epístola satírica y censoria" de don Francisco de Quevedo, verdadero paradigma del "ethos" hispánico. Hay, pues, en nuestros orígenes, y contra la otra corriente pragmática y utilitaria que ya comenzaba a formarse en el norte de Europa y que llegaría a su apogeo en el industrialismo y la civilización maquinista del siglo XIX, cierto desdén e inferioridad económica que nos retrasaría en la gran aventura técnica y utilitaria del mundo moderno. Acaso la orgullo y a veces envenenada conciencia de su hombría hizo al español tan rebelde a lo mecánico. Su medievalismo le hacía preferir el guerrero al comerciante, el alma al cuerpo. Hasta hoy los pueblos hispánicos no han conocido plenamente el estilo de la economía capitalista.

(Concluirá)

BANCO NACIONAL HIPOTECARIO URBANO Y DE OBRAS PUBLICAS, S. A.

Fco. I. Madero N° 32
MEXICO, D. F.

★

Capital autorizado: 125,000,000.00

Capital pagado: 28,225,000.00

★

Adquiera usted nuestros bonos hipotecarios, cuyos ingresos se destinan a la construcción de obras y servicios públicos, y habrá hecho una inversión segura obteniendo una renta semestral fija garantizada.

El mercado de nuestros bonos garantiza a usted en cualquier momento la liquidez de su inversión y las posibilidades de su venta en todo tiempo.

Publicación autorizada por la Comisión Nacional Bancaria en Oficio N° 601-II-7022 del 29 de mayo de 1966.

Refrigeración y Calefacción S.A.

REFRIGERACION COMERCIAL E INDUSTRIAL
ACONDICIONAMIENTO DE AIRE
INDUSTRIALIZACION DE LA LECHE
CALEFACCION

CHERRY BURRELL CORP.

Altamirano, número 115
Apartado Postal Núm. 1539.
México, D. F.



Tels. Eric. 16-33-76.
Mexicana 35-57-84.